

Prólogo del libro: “Dialogicidad y praxis para el empoderamiento del maestro... Una forma de llegar a ser suvidagógo”.

Leonel Isaí Torreglosa MsC

Reconceptualizar, resignificar y/o recategorizar, tal vez, es parte del quehacer del maestro Samuel González-Arizmendi, quien juega con la paradoja e impone en nuestros tiempos, y, quizá, en todos los tiempos en problematizar sobre la educación, en la cual el sentido de reconceptualizar, resignificar y/o recategorizar, no se debe a un... por qué sí. Ese reconceptualizar, resignificar y/o recategorizar es impuesto a la actividad de investigación desde las entrañas mismas de la situación humana, situación humana diversificada en múltiples acciones según la inclinación, la vocación, las habilidades, las inteligencias, los intereses, las oportunidades y las necesidades. Ésta es la acción que emprende el personaje central de la obra, como es Crisóstomo, un trabajo nada fácil cuando se trata de superar la rutina de la cotidianidad para trascender en un modo de ser, aunque sí mismo, un sí mismo autotrascendido o en autotrascendencia y heterotrascendencia.

Nuestro tiempo se ha caracterizado por ser un tiempo donde los grandes discursos se han ido a tierra a semejanza de los dioses de barro y piedra. En el orden global la ley que se impone es la dispersión, donde todo lo sólido se ha desvanecido en ensoñaciones y pretensiones de absolutidad; no sin a la vez ir imponiéndose nuevas unidades de acción y discurso para reconceptualizar, resignificar y recategorizar dicho “nuevo orden”.

Se trata, en éste caso, entonces, de reconceptualizar, resignificar y/o recategorizar el discurso, en cuanto práctica, propio del educador, ya sean las matemáticas, las ciencias naturales, las ciencias sociales, la lengua castellanas o lenguas extranjeras, la religión, la ética, la democracia, la economía, la filosofía, la expresión artística, las comunicaciones y la informática... éste discurso con los discursos de frontera, en muchos casos invisibles, pero existentes, de la familia, las imágenes, la autoridad, el rendimiento de cuentas, el juego o la lúdica, la sexualidad, el saber y el poder, y la propia práctica (lo más cercano, es lo más distante).

¿Podría la práctica dialógica del educador empoderado, a la vez, empoderar el sentido de la escuela, la educación en un mundo plural, diverso, complejo y en peligro de extinción? ¿Cuál es el sentido (significado) de la escuela en una sociedad donde la familia se ha disgregado o configurado de otra manera? ¿Cuál es el sentido de la educación en un mundo poblado de imágenes y dónde la imagen parece prevalecer sobre la realidad? ¿Cuál es el sentido de la escuela en un mundo donde se ha perdido el referente de una autoridad absoluta y verdadera? O mejor, ¿cuál es el sentido de la escuela en un mundo donde ya no existe más la autoridad infalible? ¿Cuál es el sentido de la educación en un mundo donde las nuevas

generaciones han crecido jugando en las máquinas, los video juegos, el internet? ¿Cuál es el sentido de la educación en un mundo donde el discurso y la práctica sobre la sexualidad ha dejado de ser tabú para convertirse en un simple acontecer de la cotidianidad? ¿Cuál es el sentido de la educación frente al crecimiento continuo del conocimiento y la configuración de poderes invisibles en el mundo de hoy? ¿Cuál es el sentido de la práctica pedagógica en ese pluriverso, pluriforme y complejo mundo de tensiones del cual habla el autor como resignificación del de Husserl y el de Habermas?

La invitación, que nos hace el profesor Samuel González Arismendi, es en relación con el disfrute de este acontecimiento discursivo. Acontecimiento que es práctica que configura o en configuración de la docencia, tal vez, exterior a los grandes discursos. A la usanza discursiva de los diálogos platónicos, el maestro Crisóstomo tiene la palabra que se construye con la palabra de los otros en un diálogo de saberes, acontecimientos y experiencias únicas e irrepetibles.